### GUERRA DE HARINA EN TUCUMÁN

Faustino era un morenito de apenas seis años que vivía en un ranchito cerca de la ciudad de San Miguel de Tucumán. Desde que su padre fue a la guerra, sin moverse de su cama vigilaba durante las noches si venían los rilistas , quería ser valiente como su papá. Una tarde de fiesta, una tradicional batalla de harina se desató en la plaza de la ciudad. Con su hermana, su amigo Olegario y Gertrudis Bazán disfrutaban el festejo cuando alguien gritó: iViva la Patria! Ese día, 9 de julio de 1816, se declaró nuestra independencia.

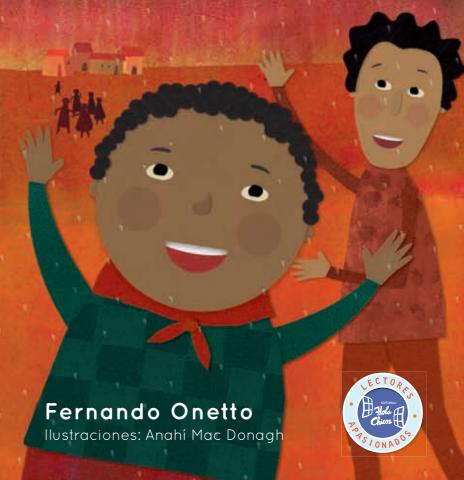
¿Cómo vivieron ese día los niños de la Patria? Esta novela ayudará a descubrirlo.





# GUERRA DE HARINA EN TUCUMÁN

9 de Julio de 1816





## GUERRA DE HARINA EN TUCUMÁN

9 de Julio de 1816



Fernando Onetto
Ilustraciones: Anahí Mac Donagh



#### **EDITORIAL HOLA CHICOS**

Av. Callao 1121 4° "D" (1023) CABA, Argentina.

Tel. / Fax (011) 4812-1800 / 4815-1998

e-mail: holachicos@editorialholachicos.com.ar

www.holachicos.com.ar

#### GUERRA DE HARINA EN TUCUMÁN

Autor: Fernando Onetto

Ilustraciones: Anahí Mac Donagh

Diseño de tapa e interior: Donagh I Matulich

ISBN: 978-987-4007-02-5

Producción gráfica de 2.000 ejemplares realizada por Printerra SRL Enero 2016

#### Onetto, Fernando Luis

Guerra de harina en Tucumán : 9 de julio de 1816 / Fernando Luis Onetto. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Hola Chicos, 2016.

64 p.; 20 x 12 cm. - (Nuestra Patria; 1)

ISBN 978-987-4007-02-5

1. Historia Argentina para Niños. I. Título. CDD 982

#### © 2016 H ola Chi cos SRL

Quedahechoel d epósito que establece la Ley 11.723 Libro de edición argentina.

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11723 y 25446.



## ÎNDICE

Los rilistas	5
Las ruedas gigantes	15
Camino a la Plaza	23
La guerra de harina	33
Perdido en la fiesta	41
La danza de los tambores	49
El ruido de los cañones	59
Sobre el autor	64



### LOS RILISTAS

Eran las diez de la noche. Los enormes ojos negros de Faustino asomaron al borde de la frazada india. El negro de los ojos no se veía porque se confundía con la oscuridad. Tenía unas hermosas y grandes pestañas. Faustino siempre esperaba esa hora porque en la ciudad de Tucumán, que no estaba lejos de su ranchito, se apagaban todos los faroles. Un silencio pesado parecía tener metidos a todos en la cama. No se escuchaban los carros, ni pisadas, ni voces, ni nada. Silencio.

Su madre roncaba en el catre de al lado. Parecía un tambor redoblando. Paulina, su hermana mayor, dormía a su lado, tenía quince años. Sufría pesadillas. Ella había estado en la batalla de Ayohuma.

—Paulina, Paulina —llamó Faustino en voz baja mientras vigilaba que su mamá no se despertara.

Paulina se dio vuelta hacia la pared de barro del rancho y se llevó media frazada con ella. Doña Flor, la mamá, seguía roncando. Faustino fue recuperando de a poco su parte de la frazada.

"¡No importa! Yo ya sé que la ciudad se calla a las 10 de la noche porque tenemos miedo a que vengan los 'rilistas'", pensó Faustino sin saber si se decía así porque nunca le salía la palabra. Todos hablaban de los "rilistas". Algunos decían que iban a volver y a quemar la ciudad. Daban miedo los rilistas.

"Yo voy a vigilar y cuidar el rancho —pensó Faustino—. Si vienen los *rilistas*, agarro el palo grande y los peleo". Pero, al ratito, ya estaba dormido. Apenas le salía un poco la cabecita redonda de la manta.

Todavía el sol no asomaba, y ya Faustino estaba tomando una taza de leche de cabra. Menos mal que en el invierno el sol se tomaba su tiempo para iluminar el paisaje. Hasta que no salía el sol, Faustino no empezaba a hacer sus tareas.



Doña Flor juntaba palitos para hacer fuego debajo del hornillo. Ya había sacado agua del pozo cuando todavía era de noche. Era una mujer grande, no muy alta, pero bastante ancha. Ancha como su sonrisa de dientes blanquísimos. Doña Flor era una mujer muy alegre. Faustino no recordaba haberla visto enojada.

—Faustino, ponete el sombrero, el pañuelo al cuello y andá al monte a traer las cabras.



El niño estaba comiendo la torta de maíz. Le encantaba el maíz porque era dulce. Además, su mamá hacía mermelada de naranja y la ponía arriba de la torta de maíz caliente.

—No vinieron los *rilistas* —dijo Faustino.

Su mamá sonrió y le acarició la cabeza. Tampoco dijo nada, como a Paulina no le gustaba hablar de la guerra.

- —Olegario dice que andan cerca, su papá los vio la semana pasada cuando andaba a caballo por el monte a unas leguas de acá —insistió Faustino.
- —Faustino dejá de hablar de los realistas, que no se dice "rilistas", ya te dije que no van a volver —y otra vez el silencio y la sonrisa que desaparecía de los labios de doña Flor.

La mesa se movía sobre el piso de barro del rancho. Barro había por todos lados en Tucumán. Parecía que encontrar un lugar seco para poner los pies era un milagro de la Virgen. Los de piel morena como él andaban con unas sandalias y los pies desnudos. Por eso, lo mejor era subirse rápido al Peludo, un burrito que Faustino montaba todas las mañanas. Ese día lo ensilló sólo con un cuerito de oveja. El Peludo era muy bueno. Se quedaba paradito esperándolo aunque él estuviera un rato largo jugando con su amigo Olegario. Además, el burrito no les tenía miedo a los pinches del monte.



Sintió que golpeaban las palmas afuera de la casa ¡Ese era Olegario! Faustino se encajó el sombrero, le dio un beso a su mamá y salió corriendo. Allí estaba flaquito y alto, su piel color café con leche. La gente le decía mulato. Para Faustino era sólo su mejor amigo.

Olegario venía en una yegua vieja que le había regalado su papá. Su amigo a pie al lado de la yegua sonrió y le dio un abrazo a Faustino que apenas le llegaba arriba de la panza.

- —¡Qué dice mi amiguito! —dijo Olegario con una sonrisa.
- —Vamos, Olegario, que tengo que traer las cabras y ordeñarlas —dijo Faustino y dando un salto se subió a su burrito.
- —Yo traje mi espada por si vienen los realistas —gritó Olegario subiendo a la yegua y le mostró una rama llena de espinos.
- —¡Ja, ja! ¡Sí, se van a asustar nomás! —contestó Faustino.

—No, el que se va a asustar ¡sos vos! —contestó Olegario y tocó al Peludo con los pinchos. El burrito dio una patada con los cuartos traseros. Si lo agarraba a Olegario, lo hacía volar hasta las montañas. Pero el zambito se lo esperaba y había hecho para atrás su caballo. Y los dos chicos riendo se metieron en el monte que era la forma como llamaban los tucumanos a un lugar poblado de arbustos altos con ramas llenas de espinos.

"Menos mal que el Peludo estaba acostumbrado y no se empacaba cuando se pinchaba. Porque cuando el burrito se empaca...", pensó Faustino.

Al rato ya no se los veía. El monte los tapaba.





